Reloj de arena

José Rodríguez Infante

Capítulo 1

Quererse es desplegar las alas

dormidas

por los senderos del viento.

Oír el fino susurro

de las nubes siemprevivas.

Una vida

Traspasar el muro insondable

de cal viva,

conservando intacto el frágil velo

que cubre la desnudez.

No detectar ni una minúscula

herida

ni rasguño, ni escozor.

Dos vidas.

Es huir a contramano

y sin guía

del poderoso fantasma azul

que cada noche nos despierta

devolviéndonos la paz.

Sudor frío que recorre

la epidermis, adormecida.

Tres vidas.

Quererse hoy y mañana

-mientras viva.

Quererse es luchar sin tregua

donde el débil no tiene

cabida.

Cuatro vidas.

Capítulo 2

Oscuridad repetida

Oscuridad repetida por la
ausencia
que transborda de galaxia.
Lujosos libros forman un muro
donde generaciones carcomidas
clavan sus uñas.
Desesperación
por míseros granos de arena,
cuerpos desnudos de maniquís
que dejan al descubierto
los vacíos interglaciares.
No es mi mundo.
Manzana primigenia reconvertida
en dulce compota
por el resorte de una muñeca.
Amor ¿dónde estás?. En que jaula
de metacrilato te destinaron
que no puedo tocarte.
Mi mano
no es tu mano. Lloro tras
poseerte, busco en mis bolsillos
agujereados
y sigo ahí. No me he movido
Veo la salida. La luz de
la salvación,

pero el lodo me está tragando,
se acabarán los granos de arena,
y quedaré pegado en el album
con el gesto descolorido

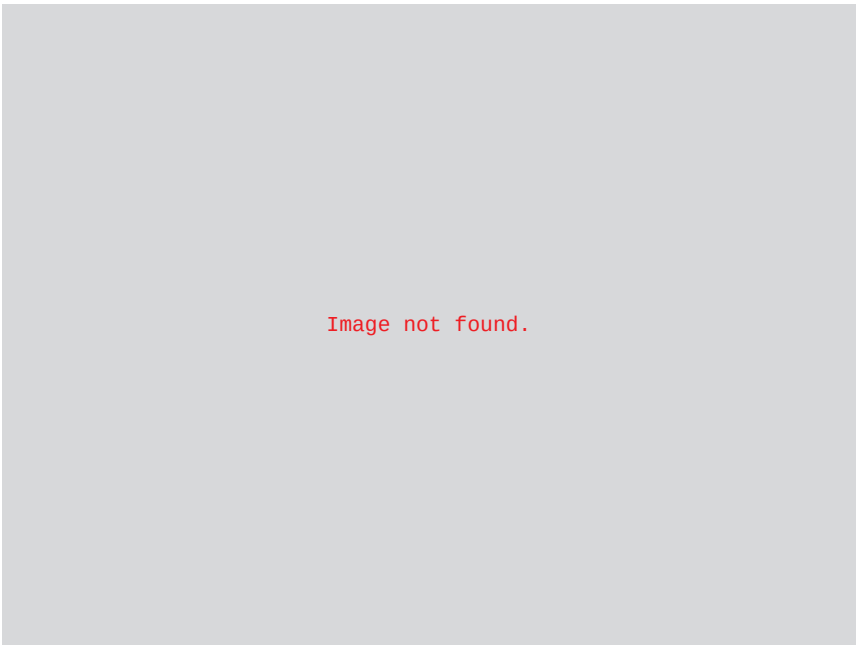
Capítulo 3

Porque es preciso

Porque es preciso mantener
la llama,
ha de vencerse su fiereza.
    Devoran
cuanto encuentran a su paso.
    Caen
incesante las hojas
y clavan dentelladas mortales
mientas sonreímos indefensos.
Los besos duermen
el letargo de la enorme
velocidad de partida.
    Amarillea
el candil y un día
nos damos cuenta
que los versos son sólo líneas,
frases.
El cúmulo de horas
nos estrangula las venas;
recuperar las caricias

se convierte en cruzada
contra el fiel deslizamiento
de las arenas del
reloj.
Si se agotara la llama
¿qué sería de nuestros antepasados?
    De aquellos
que ocuparan versos de amor
eterno
en la primera fila
de la lista de los principales.
Aunque no haya ojos que reflejen
y los bellos no se ericen
al contacto de la piel,
    saludemos
la presencia del fuego interno
que surge semiesporádico
para evitar víctimas
por congelación.

Capítulo 4



SI LAS ARENAS DEL RELOJ

Si las arenas del reloj

fuesen de distinto calibre

podría dar cobijo

-en mi tiempo -

a más besos de primavera.

Si el corazón que grabaste

fuese sobre fondo de roble

en lugar de espigado eucalipto

aún podríamos admirarlo.

Si la llave de mi carne

cayó en oscuro laberinto

¿a qué cerrajero de guardia

podremos pedir ayuda?.

He de taparme la boca.

No quiero seguir devorando

ansias de amar

sin sentido.

Aunque los labios no quemen.

Aunque los ojos no brillen,

Aunque la desnudez sea natural,

no puede ser espejismo. No cogí

las arenas del tórrido desierto

sino de una inmensa playa

-casi dormida-

que jugaba

con el dios Sol a construir

globos aerostáticos.

Capítulo 5

NO QUIERO LANZAR AL MUNDO

No quiero lanzar al mundo

pasquines de besos perdidos.

A pesar de que el mercurio

ha abierto hueco en el termómetro

mis cabellos de ceniza

conversan con el aire de la noche.

No quiero profanar intimidades

con caricias que un día fueron.

Mármoles blancos sostienen

miembros carcomidos de impaciencia,

defenestrados

aburridos de flexionarse.

No quiero seguir el sendero

circular, caer en la triangulación

o dejar a mi dedo anular

sumido en la desesperanza.

Quiero

ser una voz mientras

haya un oído cercano,

un músculo que rompa fibras,

una lengua inarticulada,

unos ojos que no resistan

el fuego.

Quiero ser hierro candente,

celebrar el impacto del martillo

en la fragua de los besos

y levantar mi copa floreada

por la victoria

del último romántico.

Capítulo 6

MAÑANA PUEDE SER UN BUEN DÍA

Mañana puede ser un buen día
¿pero y hoy?
Hoy soy atleta que lleva
en su flujo sanguíneo
arenas
cristalinas, fábrica de
anticuerpos. Cuando el neón
amarillea, resbalan entre mis dedos

unos brazos que me estrangulan,
un iris que encharca
mi cuero cabelludo.
Mañana volverá
a ser hoy.
Tendré, tengo, tuve
las yemas de los dedos
encallecidas, palpitantes, laureadas.
Diapasones sin tregua
—en forma de corazón—
realizan pruebas de urgencia:
Nunca creí que los guardianes
de mis oídos
devolvieran palabras
por desconocidas;
—serán nuevas, sin aprendizaje—
Paredes gruesas de cal
no pueden oprimirme tanto,
soy amante,
soy quelonio fuera del agua,
y ella...
Los trinos en los geranios
me traen un nuevo
hoy.